

LA EDUCACION SUPERIOR Y LA SOCIEDAD COSTARRICENSE

Hugo Rivas Ríos

II JUEGOS FLORALES UNIVERSITARIOS

Mención honorífica en la rama de ENSAYO

*"Al mundo nuevo corresponde la universidad nueva."
José Martí.*

Aunque se ha llegado a decir que la clausura de la Universidad de Santo Tomás en 1888 "no por su intención pero sí por sus efectos" fue una medida antidemocrática por cuanto dejaba a la gente de escasos recursos sin estudio en tanto que los hijos de las familias adineradas podían ir a adquirirlo al extranjero, la verdad es que hubo dos móviles indiscutibles que justificarán por siempre la decisión de don Mauro: No había primaria ni secundaria. No había sustento económico.

Treinta y siete años después de su reapertura (1940) podemos decir con certeza que si bien ahora existe la base de un presupuesto estatal y de una educación primaria y secundaria, la Universidad de Costa Rica sigue enfrentando la falta de un sustento presupuestario adecuado para su buen funcionamiento, pero sobre todo —y aquí yace quizá el quid de la tragedia— sigue enfrentando el terrible problema de que los estudios secundarios no reportan los educandos con la calidad necesaria para ingresar a un centro de enseñanza superior.

El educando es considerado todavía como una criatura maleable, pronta a moldearse conforme a un patrón pre-establecido. La imposición de metas, objetivos pre-determinados, temas fijados con anticipación o establecidos para ser aprendidos, conducen a la docilidad, a la memorización pasiva, el aprendizaje mecánico y a la conformidad de las cosas como son, sin proporcionar ninguna oportunidad para la creación, la iniciativa o la originalidad.

La educación superior recoge este lastre característico de la primaria y secundaria. La Universidad se abarrota de gente con mentalidad de receptáculos, conformista, tímida, sin opinión, cuya capacidad intelectual y de lectura no trasciende un primero, segundo o tercer año de colegio.

La juventud que ingresa actualmente a las instituciones de secundaria representa de antemano una variedad tan grande de inaptitudes, que el sistema domesticante de secundaria sólo logra hundirle más en la indolencia característica de los autómatas. Y al llegar a un nivel superior de educación, ese entorpecimiento mental contribuye a que sean susceptibles de un fracaso temprano e irreversible. Llegan sin defensas intelectuales de ninguna categoría, sin bases sólidas de la secundaria. Llegan a perpetuar la mediocridad, a propiciar la farsa intelectual.

Con este panorama por delante no se puede pensar en democratizar sino en reformar radicalmente la enseñanza.

La enseñanza se ha generalizado. Se siente la lucha desmedida por la alfabetización. Somos un país que por naturaleza tiende a la educación. Nuestros gobernantes sueñan con la posibilidad de llegar a poner la educación al alcance de todos y todos tenemos gran fe en que la educación hace milagros. Creemos firmemente que una buena educación garantiza el éxito de un individuo. Pero son

pocos los que se detienen a pensar en qué consiste esa buena educación.

El concepto de buena educación no encierra en el fondo sino un afán solapado de lucro. Una buena educación no es una buena preparación para la vida, no es el saber, no es la devoción por la cultura como lo ejemplificaron nuestros más ilustres próceres en los albores de nuestra historia. Una buena educación para el costarricense de hoy es aquella carrera que le reporte una profesión de mercado: que deje dividendos económicos. Se corrompe la interpretación del progreso. Estudiar para progresar, se dice. Para obtener un título, una profesión que redunde en una vida holgada, sin estrecheces económicas aunque a fin de cuentas no se sepa nada. Como consecuencia de este error es que se ha llegado a conceder más interés a la idea del progreso; que al progreso mismo de las ideas y se cierne sobre la patria la inminencia de un rezago cultural.

El error de esta moderna buena educación encuentra su cuña en la creencia de que no existe en el país otra alternativa de mejoramiento social, que la Universidad. Se cree profundamente que la superación individual no se puede alcanzar si no es por medio de una profesión universitaria. A raíz de esto, nos encontramos con el drama de un desmesurado incremento de la población universitaria, aspirantes y estudiantes, frente al esfuerzo de los gobiernos que luchan por dotar de recursos financieros adecuados a los centros de educación superior. Se ha dicho que este fenómeno se debe al crecimiento demográfico de nuestro país, a la participación cada vez más activa de la mujer en los estudios superiores, al aumento de la promoción de bachilleres en la secundaria.

Para cumplir las exigencias que supone esta mayoría, se han tenido que improvisar profesores, plantas físicas, laboratorios, bibliotecas, etc. Pero estos recursos son ilusorios: en realidad estos departamentos y facultades de nuestros centros de enseñanza superior, de "universitario" sólo tienen el nombre, puesto que la calidad de la enseñanza que en ellas se imparte y de los futuros graduados, disminuye sensiblemente y el país se aboca a un abismo de deterioro, mediocridad y decadencia.

Y, sin embargo, proliferan los centros regionales de enseñanza superior como si democratizar la educación es corromperla. Eso no es más que una

política de ajustes geográficos (Limón, Puntarenas, San Ramón, Turrialba, Liberia, etc.) que deviene una buena voluntad de parte de quienes la engendran pero es completamente engañosa porque a través de ella están profesionalizando a medio mundo pero no ven que con ello al mismo tiempo están llenando la patria de una mediocridad barbarizante.

Todo indica que esa política samaritana para masas debería ser sustituida por un criterio de admisión selectivo más riguroso, sin correr el riesgo de aristocratizar la cultura o dañar su naturaleza democrática, es decir: manteniendo incólume la prescindencia de su nivel de ingresos del estudiante y su ubicación social. A estas alturas se hace necesario que conforme se vaya incrementando la proporción de estudiantes, al mismo tiempo la democracia de la enseñanza superior vaya interpretándose no como una política de puertas abiertas, de aceptación a todos los egresados de los colegios secundarios, como se ha venido haciendo hasta ahora, sino de acuerdo a la aptitud y el talento del aspirante para que pueda garantizarle a la Institución un rendimiento académico satisfactorio. Se hace necesario un termómetro que se encargue de controlar la aptitud o la capacidad del aspirante a los centros de educación superior. Se hace necesaria una política menos mercantilista en la matrícula del educando en el sentido de que su ingreso a la Universidad no esté sólo determinado por el pago de la cuota de matrícula sino por la verdadera disposición y devoción ante las responsabilidades del estudio. Porque no es justo, no debe ser posible, que muchos aspirantes que no pudieron ingresar por falta de recursos económicos, desperdicien su talento mientras hay quienes envejecen en el campus con la etiqueta de universitarios sólo porque tienen un automóvil último modelo todos los años que exhibir en los parqueos.

El problema de lo cuantitativo sobre lo cualitativo, se hace presente todos los años de una manera cada vez más acendrada. Se trata de la aglomeración de aspirantes frente a un cupo limitado en la Universidad de Costa Rica, por ejemplo.

En mi criterio, esto obedece a una interpretación errónea del concepto de democracia educativa en el país. El sistema educativo, es cierto, debe dar iguales oportunidades a todos, sin parar

mientes en colores, razas, credos o niveles económicos. Pero la igualdad en cuanto a oportunidades educativas se interpreta comúnmente como la posibilidad de obtener únicamente la oportunidad de ingresar a la Universidad o no seguir estudiando. Luego: cualquier sugerencia que se haga de que debería lograrse una separación de grupos usando como criterio las diversas necesidades de los alumnos, es tachada de no estar de acuerdo con los principios democráticos o bien de ser un retorno a sistemas aristocráticos y selectivos. Verbigracia: La pretendida Universidad Privada. Sin embargo el resultado está a la vista: se ha llegado a una situación educativa mediocre debido a la falta de una diversificación de opciones, por culpa de una idea de igualdad interpretada erróneamente. En ese sentido de lo que está adoleciendo nuestro sistema educativo es de una orientación vocacional en secundaria que ayude a definir la vocación del alumno antes de ingresar a estudios superiores, para que llegada la hora posea ya los principios básicos de una adaptación a la vida, de un derrotero ya delimitado. Esta orientación vocacional ahorraría las tremendas pérdidas de jóvenes hábiles y talentosos que ingresan a carreras de las que luego se arrepienten porque no era esa su vocación. Esa orientación contribuiría a que el alumno tenga la libertad de pensar por sí mismo y de encontrarse a sí mismo, creando y recurriendo a su iniciativa personal en secundaria. En otras palabras: al muchacho se le enseña más bien cómo pensar y no qué es lo que debe pensar. De esta forma los alumnos descubrirían el verdadero modo democrático de vida y llegarían a obtener sus normas propias y sus valores morales e intelectuales a través de sus propios esfuerzos y errores: la libertad sustituye la disciplina rígida pero sin menoscabo de su correlativo sentido de responsabilidad. Es una forma de preparar al educando antes de ingresar a estudios superiores.

En el momento histórico actual la sociedad costarricense, de una manera sucinta, se puede caracterizar por una progresiva pérdida de valores tradicionales autóctonos como el sentido de la nacionalidad y el patriotismo; falta de fe en que el sistema a través de sus instituciones pueda resolver sus problemas y contradicciones; desilusión y desengaño con respecto a nuestros gobernantes que no han podido resolver problemas tal como el latifundismo, la vivienda y el desempleo. La brecha social se ensancha cada vez más. Ya no se cree en la

Suiza centroamericana. Tampoco en la quimera de más maestros que soldados. Pareciera que el costarricense por primera vez en 150 años de independencia empieza a columbrar el verdadero panorama de la patria que no conoce. Esta etapa difícil por la que pasa la historia no tiene otro nombre sino: crisis.

Este escepticismo con respecto a nuestro sistema político tiene sus raíces en la inseguridad social y económica reinante en el país: los productos de primera necesidad registran un incesante aumento de precios. El gobierno muestra el ejemplo aumentando los precios de los servicios públicos: los transportes, el gas y la electricidad son caros. Los sectores populares son los más afectados por estas alzas y es la juventud en su inmensa mayoría la que debe soportar la mayor carga. Por otro lado: la ingerencia de lo extranjero sobre el patrimonio nacional, que es una suerte de entrega de la soberanía patria; el amparo escandaloso a los intereses privados de una minoría de grupos monopolistas mientras disminuye cada vez más el poder de compra de la población y, finalmente, la participación activa de los grupos de izquierda en la vida nacional, que para el ciudadano eminentemente conservador constituye una ingerencia inadmisibles en los asuntos internos de la democracia, contribuyen a que el ciudadano actual vaya perdiendo la fe y la mística por la tan loada democracia y sus defensores.

Si esta es la crisis por la que atraviesa el país, en consecuencia el sistema educativo nacional está también en crisis. Esto se interpreta a partir de que siendo los centros de enseñanza superior el foco de interpretación de la vida nacional y existiendo de antemano el escepticismo ya dicho, es natural que en el propio seno de nuestros centros educativos superiores veamos florecer alternativas tendientes a solucionar los problemas sociales desde un ángulo que no corresponde a la línea tradicional de nuestra democracia. Nuestra Universidad se ha convertido en la punta de lanza, el ápice de la vanguardia del marxismo-leninismo nacional y un amplio sector de los estudiantes de educación superior se encuentra organizado desde esa perspectiva para abogar por una democratización en toda la gama de la vida nacional y se muestra intransigente cuando las respuestas a sus reivindicaciones no son radicales y tachan los esfuerzos del gobierno de simple y ma-

ñoso reformismo. Se pretende ampliar los derechos de las nuevas generaciones al trabajo, la educación y su participación en las principales actividades políticas y sociales. Pretenden el mejoramiento de las condiciones de vida. Se busca incitar a partes importantes de la juventud no organizada y apolítica a salir de la inactividad e incorporarse a la acción.

Se lucha por alcanzar una verdadera democracia, una verdadera independencia. Pero se olvida que la educación es el fundamento de esa democracia y esa independencia verdaderas en un régimen de soberanía. Se olvida que la educación es la fuente de donde surgirán los ciudadanos que demanda un pueblo soberano. Se olvida que la democracia sólo se obtiene por la educación y que ésta no podrá ser nunca auténtica ni tampoco aquella, cuando el concepto educativo humanístico e integral, cuando el saber y la devoción por la cultura, atentan contra el patrimonio histórico de la nacionalidad.

Sin embargo, no se puede dejar que se perpetúe una crisis como la que vive actualmente el país. La lucha debe llevarse a cabo aún cuando en ella se ponga en juego la subsistencia de nuestros más caros valores democráticos. No se puede esperar a largo plazo la restañadura de una brecha social que se abre más cada día que pasa, cuando es vigente todavía la existencia de un dualismo sectorial en la cultura, donde por un lado existe un sector opulento dirigida hacia una profesión de mercado capaz de acumular capitales y de invertir en una simétrica educación de sus congéneres para que la perpetúen, y por otro lado, una masa de frustrados, atrasada. Este dualismo sectorial implica todavía (a pesar de los esfuerzos que se hacen por democratizarla) una cultura superior reservada para un grupo privilegiado: ese mismo grupo que será determinante después en la regencia del Estado. Este exclusivismo redundante en una enseñanza superior de castas económicas, que se siente todavía a pesar de los esfuerzos por desaristocratizar la educación: Se siente el peligro de un monopolio del saber. Por un lado están las minorías intelectuales influyentes, y por el otro se acrecienta la proliferación de una sub-cultura promiscua, trunca y confundida. El ataque a la dignidad humana de que son víctimas cientos de jóvenes que no pudieron ingresar a centros de enseñanza superior o proseguir sus estudios; la multitud de jóvenes sin trabajo cuya única

preocupación es sobrevivir con un sentimiento de inutilidad y humillación sobre la base de una conducta medrosa, sacuden a un régimen incapaz de resolver sus propias contradicciones. Algunos pocos logran rescatarse de la fatalidad de esta encrucijada pero ingresan a la Universidad con una conciencia lastimada por la tristeza de ver cómo a muchos aspirantes de pocos haberes se les cierran las puertas del campus. Entonces se puede explicar por qué los centros de educación superior de hoy día se han convertido de pronto en la única alternativa desde donde este tipo de educando trata de encontrar quiméricamente o no, antidemocráticamente o no, un derrotero más pedestre para la consecución de intereses sociales tendientes a una reorganización de las estructuras políticas, económicas y sociales; la creación de un poder revolucionario defensor de las capas defraudadas y marginadas que puedan ser organizadas y conducidas para sus reivindicaciones por sus elementos más dinámicos; la existencia de una administración más eficaz y coherente orientada hacia un criterio de masas; la existencia en la base de verdaderos organismos de gestión de la cultura y la descentralización efectiva del saber y el saber-hacer.

Luego: esta situación evidencia que estamos en presencia de una Universidad crítica cuyos estudiantes cuestionan el orden social existente, o que por lo menos el estudiante universitario al llegar al campus se sacude de encima toda la indolencia que le ha dejado como herencia la educación secundaria, que su actividad política pone de manifiesto una conciencia disconforme con la realidad social. Los partidos políticos hacen proselitismo en el campus, se lucha por la bonanza presupuestaria, por la formación de una capa de intelectuales partidaria y la Universidad se convierte en un bastión de lucha social. Se nota un interés desmedido por que sea la Universidad quien transforme el orden social existente. Pero los medios con que cuenta la Universidad resultan muy escuálidos para una empresa tan grande como querer transformar la sociedad entera. Sus limitaciones presupuestarias, la incapacidad de acomodarse a las nuevas contingencias, hacen de esta empresa una quimera. En este sentido tenemos una Universidad crítica. Pero carecemos de una verdadera crítica a la Universidad. ¿Por qué no cuestionar primero la propia Universidad antes que a la sociedad entera? ¿Por qué no

transformar primero a la Universidad y después tratar de transformar el sistema?

La tarea fundamental de la Universidad es la de formar profesionales e investigar. Mediante la formación de profesionales altamente calificados y la elaboración de programas de investigación tendientes a la solución de problemas inmediatos, la Universidad está transformando el orden social. Pero no es haciendo porselitismo, reuniendo militantes, haciendo del campus una zona permanente de subversión amparada por su autonomía, como puede contribuir a la transformación del sistema. La autonomía universitaria no puede ser interpretada como una suerte de soberanía o independencia totales con respecto al control político de la sociedad. Se ha olvidado que en un sistema democrático toda institución debe estar sometida necesariamente al control político de la sociedad. Se ha confundido la autonomía con el derecho de obtener todas aquellas reivindicaciones que se soliciten como lo es por ejemplo las justas peticiones de financiación más adecuada para la Universidad pero que a veces no está al alcance del presupuesto nacional. Al contrario de hacer la lucha por aparte, las partes interesadas deberían contribuir más bien a buscar una solución ajustada a la tradición democrática del país y de las exigencias del desarrollo económico de la nación.

En este sentido hace falta autocritica en la Universidad. Ponderar lo que se pide a la nación con respecto a las posibilidades reales de la nación. Ponderar lo que se pide con respecto a lo que se aporte a la nación. Ver si los profesionales que aporta al país están realmente capacitados para contribuir al desarrollo del mismo o si al contrario para propiciar su estancamiento. Ver si está cumpliendo debidamente con su cometido. Realizar una investigación sobre porqué hay tanto estudiante mediocre. Mucho bajo rendimiento. Mucho profesional malo. Porqué razón la Universidad está reportando más cantidad que calidad.

Como una posibilidad causal de este fenómeno puede estar el hecho de que el tipo de método de estudio para el educando no es el más adecuado. No existe una coordinación adecuada entre la cantidad de información docente con respecto al tiempo disponible de los estudiantes. La carga de estudio de los alumnos tiene que corresponder con sus posibilidades reales de tiempo. Es necesario de-

terminar un compás de tiempo suficiente para el estudio de cada asignatura, para el curso de la teoría, clases prácticas y trabajos individuales. Si la Universidad quiere formar sabios y no receptáculos, si quiere sobreponer el saber sobre el memorizar-para-salir-del-paso, debe tener en cuenta (y tratar si es posible de garantizar), un estudio más metódico del correcto desarrollo de las asignaturas semestrales, su ajuste recíproco, la consecutividad pedagógica correcta y la alternación de todas las formas de trabajo docente según las asignaturas, con la correcta distribución de las conferencias, de los trabajos, los seminarios, etc. Mientras no se haga por lo menos este intento, la Universidad no podrá preparar profesionales debidamente capacitados para integrarse al desarrollo del país.

Por otro lado la Universidad no podrá cumplir con su tarea de formación de profesionales e investigación y participación determinante en el desarrollo del proceso científico-industrial del país, mientras carezca de una política estatal de apoyo más agresiva, mediante presupuestos más fuertes destinados a programas de investigación más amplios. Pero la educación superior en este campo enfrenta dos problemas:

a) La inversión que hace el estado en este tipo de carreras universitarias da al traste con el dramático fenómeno de la fuga de cerebros que devasta a la nación y crea una situación desfavorable en cuanto a la formación de cuadros científicos y técnicos indispensables en el proceso de desarrollo de cualquier nación subdesarrollada. Este problema emigratorio que resulta paradójico puesto que los países débiles en vías de desarrollo son los que sustentan los centros de investigaciones científicas y establecimientos docentes de países poderosos, constituye un arma esgrimida contra el país, de doble filo: por un lado los gastos que presupone la formación de especialistas en nuestra Universidad resultan un desperdicio, una pérdida considerable y una inversión irrecuperable cuando estos ingenieros, médicos y otros especialistas altamente calificados emigran hacia países poderosos en busca de mejores posibilidades económicas; y por otro lado, con la ausencia de sabios, el país tiene que desembolsar fuertes sumas de dinero, millones de dólares, para poder importar especialistas y adquirir una tecnología que los nuestros podrían fabri-

car muy bien aquí. ¿Cómo puede solucionarse este problema?

Si la tragedia tiene sus raíces en un afán de lucro anteriormente citado, debería entonces tratar de ser subsanada mediante una política internacional tendiente a compensar los daños económicos que causan en nuestros países subdesarrollados, los países industrializados que son por lo general quienes hacen la contratación de estos especialistas. Pero este es un problema que no ha sido solucionado todavía ni siquiera en la discusión de que ha sido objeto en foros internacionales y que, sin embargo, le corresponde también a la Universidad buscarle un arreglo desde una perspectiva nacional y un enfoque nacionalista.

b) El otro problema que afecta determinante-mente la preparación de hombres para su ingerencia en el campo científico-industrial del país, es la preparación teórica y práctica de los especialistas. Muchos de los centros de enseñanza superior no mantienen la mejor vinculación con las industrias, empresas agrícolas, centros de investigaciones científicas y no prestan atención necesaria a la solución de los problemas científicos y técnicos actuales. Quiero decir que el nivel de conocimientos teóricos profesionales de los egresados a veces no responde en su totalidad a las exigencias crecientes de la realidad.

Aún en la actualidad se elaboran y se varían con lentitud los métodos modernos y científicos de la organización del proceso docente-educativo, así como también de los medios técnicos de la enseñanza. De manera que los conocimientos de un egresado de cinco años de Facultad, al ingresar a la producción, muchas veces se encuentran ya desactualizados. Esta lentitud de cambio metodológico es de hecho pernicioso si se considera que el ritmo cambiante de la ciencia es vertiginoso. Por lo tanto, los fundamentos teóricos de dichos centros con el tiempo pierden estabilidad y se vuelven anticuados: los conocimientos profesionales adquiridos por un alumno en la actualidad son apenas suficientes para 5 o 10 años.

Otro problema de nuestra enseñanza superior en este mismo rubro es el que se refiere al proceso docente que no siempre está estrechamente vinculado con la práctica. Deben buscarse formas concretas de vinculación de la enseñanza con la prácti-

ca, así como también el trabajo práctico debe determinarse de acuerdo a la composición del alumno y de las peculiaridades nacionales y locales. No es posible que nuestros agrónomos no sepan qué hacer con una gusanera de res cuando hace media hora estuvieron desglosando la teoría en la Facultad: No hay que divorciar al hombre de la tierra. Hay que divorciarlo más bien un poco más de las aulas. Sería ideal, necesario, que estos futuros especialistas comenzaran su primer año de estudio no como se hace generalmente, es decir: en los centros de enseñanza, en los institutos, sino en las fábricas, en las obras de construcción, campos y talleres agrícolas, a la lluvia y el sol, sin desconectarlos de la teoría. Muchos alumnos no asimilan en la medida debida las matemáticas, la física y otras asignaturas de carácter teórico componentes de la base de todas las ciencias y técnicas en general y en particular de sus especialidades, por la ausencia de una práctica que los vincule desde temprano con su futura especialidad, que los ayude a recibir sus hábitos prácticos y a desarrollar un trabajo científico o docente.

Ahora: Debe prestarse una atención más primordial al trabajo científico-investigativo. Debe incrementarse la tendencia hacia las carreras técnico-científicas. Existe una brecha entre estas carreras y las de tipo humanístico y el estudiante acentúa su inclinación siempre hacia estas últimas. Esto va en perjuicio del país si se toma en cuenta el grado de desarrollo económico y social. Lo que necesita Costa Rica con más urgencia es un mayor número de graduados en el campo científico-técnico. Es necesario que las instituciones de enseñanza superior se propongan metas que vayan de acuerdo con las necesidades del desarrollo nacional futuro. En tanto no se enfatice el papel que puede desempeñar un educando dentro de las complejidades económicas sociales en el desarrollo del país, los estudiantes desatenderán esos objetivos y preferirán las carreras tradicionales de nuestra cultura, ofrecidas sobre todo por las facultades de Humanidades y Ciencias Sociales.

Elevando el nivel y la efectividad de las investigaciones científicas, introduciendo sus resultados activamente si no en la esfera de la producción, al menos en el proceso educativo, tendremos una Universidad más acorde con las exigencias de nuestro tiempo.

Menos de un siglo después de la reapertura de la Universidad de Santo Tomás, el país se aboca por primera vez en la historia al gran reto del perfeccionamiento impostergable de nuestro sistema educativo superior y de enseñanza secundaria para

la sociedad de hoy y del mañana. No podremos preservar del deterioro a nuestra democracia en el futuro, si hoy dejamos declinar la educación —base fundamental de la democracia— con el peso de su propia mediocridad.

Santa Cruz de Guanacaste, febrero de 1977.